



nado de la ley á la dominacion de un poder arbitrario y caprichoso. Incapaz de contenerse en la Europa esta fuerza admirable de concepciones políticas, penetró por fin en el Norte de la América, donde el gran Washington se alzó á la faz del mundo para anunciar la independencía de su patria. Reflejado este choque político sobre la misma Francia que lo habia comunicado, precipitó allí aquellas turbulencias inauditas que no recordamos sin espanto. . . . Mas yo no pretendo considerarlas aquí en sus tristes y deplorables resultados, porque semejante perspectiva no puede convenir á nuestros héroes, que fijos en el engrandecimiento de sus hermanos, no veian en la libertad el fin de sus nobles afanes, sino un medio del todo necesario para hacernos dichosos. No quiero ver aquí, como he dicho, sino el encadenamiento de los sucesos que determinaron por último la conquista de la independencía. Del centro de esta revolucion se levanta un genio sublime que debia oscurecer la celebridad de Alejandro y Julio César. Con un talento propio de la edad moderna, y con una ambicion que parecia pertenecer mas bien á los antiguos: deseoso, por ventura, más de aturdir á sus contemporáneos y á la posteridad con el ruido de su nombre, que de reinar tranquilamente sobre los pueblos: semejante, dice Chateaubriand, á los dioses de Homero que en cuatro pasos querian recorrer el mundo, conociendo el espíritu dominante de su siglo y aprovechándose de la desorganizacion absoluta de la Francia, Napoleon trató de que todo sirviese á sus miras ocultas. Plantar la libertad en el trono: hé aquí la máxima hipócrita que hizo volar por todas las naciones, despues de haber borrado en los Alpes las huellas de Annibal para cambiar la suerte de muchos pueblos con una série continua de victorias. Despues que las aguas del Nilo habian reflejado el brillo de sus armas; cuando habia colocado ya sobre su frente la corona ensangrentada de Luis XVI, y cuando otras cien coronas hundidas en el polvo parecieron proclamarlo como árbitro de la tierra, fascinado con la idea de que su poder era invencible, llevó á la España sus legiones triunfantes. ¿Quién no habria creído que la primera victoria decidiria la suerte de la península en favor de Bonaparte? Pero no se insulta impune-

mente la cólera de un pueblo: los viejos, que ya estaban inclinados al sepulcro; los jóvenes, para quienes el resto de la vida era una fuente inagotable de variados placeres; el sacerdote, consagrado por su carácter augusto, á un ministerio de paz; las esposas, las vírgenes, cuyo sexo tímido las hace temblar á la idea de los combates; todos se sienten agitados por un movimiento belicoso; el pueblo todo se levanta en masa para arrojar á sus opresores: un rio de sangre señalaba los medios; pero una nacion independiente anunció por fin el mas admirable y glorioso de todos los triunfos. ¡Leccion terrible para los tiranos!

¿Qué resta ya. . . ? México, tu hora ha sonado: una antigüedad ilustre te presentó sus héroes; las épocas sucesivas te hicieron conocer mas y mas el inestimable precio de tu libertad; la soberanía de los pueblos es proclamada en la Francia; Norte América se hace independiente, y tu misma metrópoli acaba de ofrecerte el mas heroico ejemplo que se mira en los fastos de las naciones. Que se multipliquen las guerras, que se estremezca el mundo bajo el peso de los tronos, que el grito de un tirano haga cundir el terror por toda la tierra; no temas á los tuyos, ellos van á temblar á tu grito de venganza.

Una voz que sale de los cielos resuena en Dolores: ¡Libertad! Libertad! esta palabra mágica pronunciada por  Hidalgo, encendió el pecho de Allende y de Morelos, de Aldamay Mamoros, de tantos y tantos valerosos caudillos que la llevaron hasta las extremidades de la patria. ¡Oh nombres venerables y queridos! ¿Quién puede tomaros en sus labios sin enternecimiento, sin sentir palpar su corazón, y sin abandonarse al dolor inconsolable de haberos perdido? ¡Oh día bendito por millones de veces! ¡Tu resplandor purísimo no se eclipsará nunca á nuestros ojos!  Mas ¡ay! aquella voz celeste no hizo otra cosa que inflamar la rabia de nuestros opresores. ¿Por qué extraña contradicción los mismos que acababan de sostener una lucha tan heroica para recobrar su independencía, se empeñaban obstinadamente despues en hacer interminable nuestra esclavitud? ¡Oh debilidad de la naturaleza humana! ¡Cuántas medidas no habian puesto en práctica para estorbar la venida de ese día venturoso! ¡Cuántas y cuán exquisitas

precauciones despues para borrarlo de nuestra memoria! Pero en vano los españoles redoblaban sus esfuerzos, en vano levantan cadalsos en todos los pueblos, en vano multiplican asombrosamente el número de víctimas, en vano un mar de sangre inunda nuestros campos, ¡que con los conatos del crimen contra los designios de aquel que reina en los cielos! Iguala repite el eco de Dolores; habla Iturbide, y sueltan su presa los hijos de Pelayo.

¡Qué época, Michoacanos! ¿Cuáles son los sentimientos que ahora se excitan en vosotros? ¡Ah! Si entre los placeres de la vida hay uno solo que inunde nuestra alma con las delicias inefables de una felicidad perfecta, será sin duda el que sintieron los mexicanos en aquel día para siempre caro, en que ya rendidos á la fatiga de una lucha penosa, despues de asaltados á cada paso con mil funestos presentimientos y en el instante mismo en que temblaban por la reaccion de una tempestad que los habia perdonado, un sueño que parecia el de la muerte, embargó sus cansados miembros para prepararlos sin duda á recibir la mas fuerte, la mas pura y la mas dichosa de todas las sorpresas. Despertamos al fin para ver brillar en nuestro horizonte una luz inesperada y desconocida. Si creia ver al rey de los mares levantando su frente magestuosa, encadenando la furia de los vientos, disipando las nubes apiñadas y restituyendo al inmenso oceano, la serenidad y la calma. ¿Cómo expresar aquí aquellas emociones dulcísimas, únicas acaso en la historia de nuestros placeres, aquellas emociones felices que parecian haber renovado totalmente el corazon de los mexicanos? ¡Qué cuadros presentaban entonces nuestras familias! ¿Os acordais, conciudadanos míos? Al distinguir el retrato de Iturbide, el recién nacido extendia sus tiernos brazos para abrazar á su libertador, el anciano decrepito se creia rejuvenecido por una ilusion feliz que acaso no volverá jamas; y cuando sus cabellos blancos venian á sacarle de este dulce enagenamiento, como si no quisiera conceder á la muerte una víctima completa, como si en la ventura de aquellos que iban á sucederle pensara multiplicar indefinidamente sus goces, se rodeaba de sus hijos para infundirles los sentimientos de la patria, las ideas sublimes de

prosperidad y grandeza. Hijos, decia, ya no estaremos mucho tiempo con vosotros: el peso de la servidumbre, los golpes tenaces de la persecucion, la cruel melancolía de nuestras cadenas precipitaron nuestra vejez; pero reproducidos en vosotros y á la vista de esta época tan feliz, ¿qué son ya los pasados infortunios? Morimos, pero no quedais huérfanos: mirad á vuestro libertador, mirad á vuestro padre, mirad á Iturbide.

¡Qué cuadro conciudadanos! ¡Qué perspectiva tan risueña! Al llegar á este punto tocamos el término de tantos designios contrariados con obstinacion, y sostenidos con perseverancia, de tantos combates en que la suerte nos habia sido adversa casi siempre, y en que habian perecido, con pocas excepciones, todos los primeros caudillos, quedando el país asolado y desierto. ¿Qué restaba, señores? Conseguida ya la independencia, su primer fruto debió ser una organizacion cual parecia convenir á las exigencias moderadas de un pueblo que salia de la cuna, una organizacion en que se proscribiesen á la vez el lujo y la magnificencia de las instituciones europeas. ¿Cuándo estuvimos mejor dispuestos que entonces para entrar en la posesion tranquila de todas las ventajas de la sociedad? Mas ¡ay! ¿Visteis á la juventud apasionada que saliendo de la infancia, se apodera con ardor de la brillante fortuna que una economía severa le habia formado? Como si fuera inagotable el rico patrimonio, así lo prodiga en adquirirse placeres momentaneos, así consume sin reproducir, así se abandona á proyectos fantásticos de una dicha que nunca llega á saborear. ¡Momento de embriaguez! ¡Época encantada! Entonces las pasiones empiezan á ejercer su dominio impetuoso, los deseos reinan sin oposicion en el alma, toda la sacude con violencia, no vive sino de arrebatos y trasportes. Sus vagos deseos no buscan un fin determinado, las dificultades la tientan, el peligro la atrae, cada ensayo de su vigor le parece un triunfo: todo lo abraza sin estrechar alguna cosa, goza de todo sin gustarlo; y embriagado con la plenitud de su existencia, ni aun comprende que sea posible morir. Esta ha sido la imagen de casi todos los pueblos en la mas favorable coyuntura de su vida social, y esta ¡oh conciudadanos! es igualmente la nuestra.

SEGUNDA PARTE.

¿Por qué fatalidad es perdida para los pueblos, la experiencia de todas las sociedades que les han precedido en la carrera de la civilización y de la política? Para ellos, lo mismo que para los individuos, solo y apenas son eficaces, y esto muy pocas veces los grandes y terribles escarmientos que los yerros y la imprevisión atraen sobre sus propias cabezas. ¿Son pues, conciudadanos, los impulsos generosos de la libertad contra los esfuerzos tiránicos de la opresión, las causas únicas de tantas ruinosas turbulencias que han conmovido y aun agitan sin cesar al género humano? ¡Cuán diferente sería la suerte de las naciones, si en el instante mismo en que recobran su libertad, lejos de dividirse interiormente, marchasen con perfecta armonía hasta conseguir sus verdaderos frutos! Mas ¡ah! mientras los hombres gimen en una condición abatida, todo lo ejecutan de consuno y no parece sino que existen y obran un solo corazón y una misma alma; pero cuando las trabas han desaparecido, cuando se sienten libres del penoso yugo, cuando con tanta nobleza levantan su frente despejada hacia los cielos, y cuando debían caminar más uniformes que nunca, una fuerza desconocida los separa. Aquella misma libertad, aquel no tener estorbos para llegar á su bienestar político, aquella luz que se presentaba á todos como la única que podía dirigir sus pasos vacilantes por los caminos del bien, se convierte no pocas veces, cuando ya está conseguida en una deidad encantada que parece no dejarse sentir, sino para sembrar las rivalidades é irritar los celos en el corazón de los que le tributan su culto.

Si antes se había presentado á su espíritu, como la única dispensadora de unos bienes legítimos que podían producir á la vez la felicidad de todos, después la miran como la felicidad misma: antes la querían todos para la patria, después la solicita cada uno exclusivamente para sí. ¿Podrá esperarse entonces el engrandecimiento de los pueblos? Poseer la liber-

tad ilimitada y exclusivamente, es sin duda privar de ella á los otros y borrar la línea que divide el interés común de los intereses privados, es lo mismo que extinguir el amor de la patria y precipitar sobre las naciones la furia encarnizada del egoísmo político. Nacen los partidos; irritados éstos, degeneran en facciones; corrómpease la moral privada y desaparece la fuerza y la magestad de las leyes. Perdidos ya los dos únicos frenos que pueden contener al ciudadano en el deber, devorados todos por el deseo de una libertad exclusiva y satisfechos de que no hay otro medio para disfrutarla así que destruir al resto de los hombres, las costumbres públicas adquieren una ferocidad sanguinaria, y de este modo el deseo de una conservación pacífica y venturosa, este noble y generoso deseo que había hecho nacer la libertad, se convierte después en mortales odios, en una fuente inagotable de miserias, en ciegos conatos de destrucción, que al fin la hacen desaparecer.

Cuál es, pues, conciudadanos, cuál es regularmente el período de libertad? Un tiempo breve, un espacio corto. Si diría que un astro maligno preside á la suerte de los pueblos, y que si les deja gustar por un instante fugitivo el sueño de la gloria, es para hacer más espantoso el sentimiento de su miseria. Si la edad de oro corrió en la Argólida bajo los pastores Yuaco y Phoroneo, si Cécropes dió leyes puras á la Atica, si Cadmo introdujo las letras en la Beocia; estos días de ventura, dice Chateaubriand, huyeron con tanta rapidez que han pasado por una ilusión fabulosa en la memoria de la posteridad desgraciada. Dirigid los ojos á todas partes.

¿Que dicen á vuestra razón tantos imperios destruidos, tantas ruinas magestuosas, tantos restos venerables que se ven flotar en el Océano de los siglos? ¿Qué os dicen esas pirámides soberbias que rindieron las fuerzas de millares de esclavos? ¿Qué recuerdo excita en vosotros el nombre mágico del Nilo? ¿Qué fué de aquella ciudad célebre que dió á la Grecia el modelo de sus juegos olímpicos, y donde Thales y Solon tomaron las máximas de política que descubrimos en sus leyes admirables? ¡Ah! Si Sesostris en un tiempo había hecho girar su carroza por los reyes vencidos, Egipto hubo menester en otro para prolongar su existencia precaria, de mendi-

gar el socorro de las naciones extranjeras. Si Egipto habia sido la escuela del universo, la madre de la filosofía y la cuna de las bellas artes, fué despues la presa de Cambises y al fin la conquista sucesiva de los griegos, de los romanos y de los turcos. Mis ojos recorren vanamente un campo inmenso y desolado para encontrar un resto siquiera de la opulenta Tiro, una columna sola de los cien pórticos magníficos de la soberbia Tebas. ¿Qué fué de aquella célebre rival de Roma, la fiera, libre y orgullosa Cartago? ¿Nunca los hombres escarmantarán con ejemplos tan espantosos? ¡Ay! estos parecen mas bien destinados á estrechar el círculo de los nobles sentimientos y ensanchar hasta lo infinito la esfera de las pasiones y del crimen. Pues si el hombre á despecho de la filosofía está condenado á vivir con solo sus deseos, será siempre esclavo de sí mismo, será el hombre de los años infelices que ya fueron, el hombre de la hora triste y lamentable en que os dirijo la palabra, el hombre finalmente, de los nuevos siglos de miseria que se apresuran á llegar. Si el corazon no puede perfeccionarse, si la moral queda corrompida á pesar de las luces, república universal, fraternidad de las naciones, paz general del universo, brillante fantasma de una felicidad durable sobre la tierra. Adios.

No os diré pues, conciudadanos, que la Grecia vuelta á la libertad amontonó en su seno los elementos necesarios para formar un estado venturoso, que Praxiteles, Phidias, Zéuxis, y Apeles unieron los esfuerzos de su bella y rica imaginacion con los de Sófocles y Eurípides; no os diré que la influencia de ésta república floreciente, difundió la civilizacion por toda la tierra; que la elocuencia de Demóstenes contenia el gérmen de la de Ciceron que la sublimidad de Homero, la noble sencillez de Huisdo y las gracias vírgenes de Theócrito, prepararon el triplegenio de Virgilio. Me contentaré con recordaros, que estos dias de felicidad desaparecieron al aspecto del interes y de la ambicion, huyeron despavoridos al soplo envenenado de la perfidia, de la corrupcion y de la discordia. ¡Felices los griegos si adquiriendo tan grande ilustracion, no hubiesen perdido la pureza de sus costumbres! ¡Mil veces felices, si no hubiesen cambiado las virtudes que los salvaron de

Xérxes, en los vicios deformes que los entregaron á Philipo. Traed ahora vuestras miradas al sagrado Tiber, donde un campo vastísimo y poblado de ruinas, recuerda al viagero la ciudad eterna: aquella Roma que desde su cuna fijó las miradas del mundo, cuyos primeros combates fueron victorias, cuyos primeros triunfos fueron conquistas: aquella Roma que tuvo alternativamente por teatro de sus proezas los bordes del Tigris y del Eúfrates, los campos dilatados del Asia, los helados climas del Norte, y el suelo abrasador de Libia, aquel pueblo que juntaba el entusiasmo de la independenciam con la impetuosidad del valor, que veia la libertad como una cosa inseparable de su nombre, que se creia nacido para mandar á los otros pueblos, y á quien Virgilio llamaba con tanta nobleza un pueblo rey. ¿Cual fué el destino de esta republica gloriosa? En las concepciones mas perfectas de la política, se mezcla no pocas veces algun oculto vicio, cuyas causas no acierta á descubrir el espíritu mas penetrante, y cuyos efectos deplorables se esfuerza en vano en evitar la prudencia mas ejercitada. De la oposicion del senado y el pueblo, tan favorable para mantener la libertad, cuando cada uno usaba de ella dentro de los límites que le asigna la razon, de aqui mismo en el tiempo de los abusos, nacieron las divisiones en todos los órdenes del estado. De las agitaciones civiles, se pasó muy pronto á las atrocidades políticas: los unos alegando que una libertad estremada al fin se destruye por sí misma; los otros al contrario, temiendo que la autoridad aumentando siempre por su naturaleza degenerase al fin en tiranía. Entre estos dos extremos, una nacion por otra parte tan sabia, no supo encontrar el medio, como dice Bosuet; y los romanos, arrastrados hácia el crimen por un delirio inesplicable, y despues de haberse largo tiempo sacrificado los unos á los otros, cayeron al fin bajo el yugo afrentoso que habian impuesto á tantos pueblos. ¡Asi acabo la señora del mundo! ¿Para que seguimos descubriendo aquí el triste destino de tantas sociedades que ya no ecsisten, el resultado siempre terrible y seguro del trastorno de las ideas, del choque de los intereses, del conflicto espantoso de las pasiones políticas? Vosotros lo sabeis, conciudadanos, vosotros lo habeis visto mil veces: el sentimiento de

la libertad ha determinado en todas épocas, las grandiosas miras felizmente realizadas que han transmitido hasta nosotros la memoria de los grandes hombres, vosotros sabéis, que mientras el uso de este precioso derecho ha sido arreglado por la prudencia, los pueblos han disfrutado buenas instituciones; pero vosotros sabéis igualmente que la mayor parte de ellos se han sepultado en su propio triunfo, que entre la independencia feliz y la anarquía desastrosa, media no pocas veces una sola línea, que al lado de los sábios principios suelen encontrarse los elementos de la disolución, que la fuente de la felicidad y la del infortunio se hallan colocadas tan cerca una de la otra, que frecuentemente se confunden al primer paso; finalmente, que apenas una razón ilustrada distingue el sendero de la prosperidad pública, un velo sombrío, una niebla espesa, la noche de las pasiones le cierra todos los caminos, para hacerla girar al grado del movimiento loco que estas le imprimen por un intrincado laberinto, donde sigue de extravío en extravío, hasta que la muerte viene á cortarles sus pasos.

¿Hay cosa más difícil de conjeturar que la suerte de los estados sea cual fuere el carácter de sus instituciones? El despotismo tiránico de los gobiernos que atan la libertad, que se levantan sobre los tiempos de una facción y destruyen así el dogma político de la soberanía del pueblo, es un atentado contra los derechos de la fraternidad humana, y tiende á trastornar la grande y sabia luz de la naturaleza; el despotismo de la multitud es un poder loco y ciego, que se vuelve contra sí mismo, porque un pueblo corrompido por una libertad abusiva, es el más insoportable de todos los tiranos. ¡Triste estado de la naturaleza humana, esclama Fenelón! los soberanos celosos de su autoridad propenden siempre á estenderla, los pueblos apasionados por su libertad, quieren siempre ensancharla.

No es esto bastante, ciudadanos, ahora que estoy poniendo á vuestra vista en la serie de revoluciones antiguas y modernas, el cuadro terrible que unos pueblos han ido copiando de los otros, y que México se ha empeñado tenazmente en imitar, permitidme que no concluya esta galeria fúnebre de naciones, sin volver otra vez mis ojos á la Francia; y así como os lo ma-

nifesté al principio derramando un torrente de luz que á pesar de los esfuerzos de la España, salvó al fin el Atlántico para ilustrar á nuestros héroes; os haga ver en el mismo teatro algunas siquiera de las innumerables tristes consecuencias, que trae consigo infaliblemente el abuso de los principios.

Oigámos á un amigo de la humanidad, á un político profundo que con la pluma empapada en lágrimas, descubre en su misma patria para horror y escarmiento de los hombres, el abismo en que ellos se precipitan empujándose los unos á los otros, cuando perdiendo de vista el interés común, corren ciegos tras una libertad esclusiva, para no dividir con ninguno su posesion y ventajas.

Atacada por la Europa entera, despedazada interiormente con mil facciones, tomadas ya algunas de sus principales fronteras, sitiadas otras, sin soldados, sin rentas, sin crédito público, el desaliento en todos los Estados, la miseria en su más alto punto; tal era la Francia, tal el cuadro que ofrecía en el instante mismo en que se meditaba entregarla á una revolución general. Era preciso establecer, como por milagro, las instituciones de Licurgo en un pueblo nutrido hasta entonces con las ideas monárquicas, inmenso en su población y corrompido en sus costumbres; y salvar á un mismo tiempo un grande país, sin ejército y expirando en las convulsiones políticas; de la invasión de quinientos mil hombres de las mejores tropas europeas. Exaltados los espíritus y reducidos por su inmoralización á la quinta esencia del crimen, desplegaron una energía sin ejemplo para cometer atentados únicos tal vez en la historia de las revoluciones. Queriendo plantear la república en el instante mismo que la Francia estaba invadida, acometieron juntamente á las dos empresas, como si atender en particular á cada una hubiera sido teatro muy mezquino para su génio; y satisfechos como estaban de que no podían ser útiles por entonces los sistemas recibidos de justicia, los axiomas comunes de humanidad y el círculo de los principios adoptado por Licurgo, «no importa, dijeron, vamos al mismo resultado, aunque sea por la carrera del crimen.» Al punto se levantaron mil guillotinas por todo el imperio: el ciudadano pacífico despierta sobresaltado al trueno